

# ¿Acaso ya nadie ríe?

«Senderos humanos», la novela de P. del Palacio, se es-  
curre entre la miseria moral y material de la gran ciudad. El  
suelo insuficiente, las horas extraordinarias no para dedicar  
la ganancia a lujos o cosas superfluas sino como una necesi-  
dad vital insoslayable, los apuros del ama de casa, el pro-  
blema del servicio, la quiebra de la decencia, de la sinceri-  
dad, del honor, de toda virtud . . . son las notas de una sinfonía  
diabólica que va retorciéndose a ritmo lento o vivaz, según  
los capítulos, a lo largo y a lo ancho de un argumento vario  
y multiparo en el que predominan los rasgos testimoniales del  
más inmediato realismo objetivo. P. del Palacio escribe lo que  
ve, lo que vive, lo que lee durante sus jornadas de trabajo en  
un puesto de observación tan idóneo como es la casa regional  
de los Montepíos Laborales.

No trato de hacer la crítica de esta novela por dos ra-  
zones fundamentales: La esencial porque todavía no ha sido  
mancillada por la pezuña convencional que habría de llevar-  
la hasta el escoparate de las librerías. En segundo lugar por-  
que el comentario no gira en torno de esta novela sino en  
torno de una situación social cuya otra mitad está tratada en  
la novela «Historia de Juan», engendro novelístico nacido de  
mi contemplación inmediata de los sufrimientos y sinsabores  
de la vida aldeana.

He aquí la cuestión: Leí, no recuerdo dónde ni importa  
demasiado, que lo peor de esta vida es que la posibilidad de  
risa de unos va ligada con el llanto de otros. Y yo escribí  
«Historia de Juan» convencido de que la sufrida clase de los  
aldeanos, en su miseria, posibilitaba la vida holgada de  
todas las demás clases, agrupaciones, individualidades y  
tribus de la ciudad. Es más; investido por mi petulancia con  
una autoridad profética o mesiánica o revolucionaria, traté  
de señalar el mal, el *único mal*, esperando comprensión y  
camino hacia una concordia, hacia una meta de cálidas y  
hondas posibilidades humanas.

«Senderos Humanos» ha supuesto para mí un fugaz ins-  
tante de perplejidad; a renglón seguido un intenso tiempo de  
meditación; y a lo último una conclusión desconsoladora.

La novela de P. del Palacio no miente.

Pero como se da el caso de que yo tampoco miento he de  
preguntarme: ¿Es que nadie ríe?

Si nadie ríe, ¡que mundo tan trágico el nuestro donde los  
sinsabores, los problemas angustiados, las dificultades econó-  
micas, aparecen casi sin posibilidad de respiro! ¿Como es po-  
sible que hayamos conseguido complicar tanto nuestra vida,  
enredarla, ensombrecerla sin dejar espacio para la luz, la  
alegría y el optimismo?

Puedo preguntarme también:

¿Y si alguien ríe?

La posibilidad es también estremecedora, porque serían  
unos pocos que se regocijarían sobre un montón ingente de  
parias, de víctimas, de desesperadas masas de gente atropel-  
lada.

Trato de ser objetivo. Para serlo he de manifestar que  
sufro en mis trayectorias mental y sentimental embates de  
pesimismo y momentos, cada vez más espaciados, de abom-  
bada euforia. Quisiera sinceramente que mis periplos trágicos,  
mis singladuras amargas, no fueran objetiva visión del mundo  
circundante sino sombras grotescas servidas por un espejo  
deformante. Alguien debiera, no decirme sino convencerme  
de que estamos atravesando una época próspera, brillante y  
dichosa, que todo entre nosotros se desenvuelve de la mejor

manera posible, que esta angustia existencial no es sino fun-  
ción de mi temperamento y no imagen idónea del espectáculo  
que mis ojos contemplan.

Mientras este alguien no aparezca yo no dudo de lo que  
escribí en «Historia de Juan». No puedo dudar tampoco de lo  
que reflejan estos «Senderos Humanos». Y si algunos ríen,  
¿quienes son estos pocos seres despiadados que ríen sobre el  
montón de cadáveres insepultos de tanto vencido? ¿Por qué  
es posible en plena era de grandes descubrimientos científicos  
esta zozobra, esta inseguridad económica?

Tal vez es que le pedimos demasiado a la vida, tal vez no  
consiste en otra cosa que en empujarla por un camino de fá-  
ciles logros unicamente vegetatitos, tal vez nuestros males es-  
triban en habernos encaprichado por lo superfluo sin antes  
resolver, a través de una economía bien dirigida, ineludibles  
solicitudes emergidas de necesidades primarias.

Tal vez lo que urge es hacer un alto en el camino para  
desembarazarnos de toda actividad social que no sea estric-  
tamente productiva.

Y eso, ¡que casualidad!, tal vez suponga borrar a estos  
pocos que ríen para que de veras volvamos a reír todos;  
todos, hasta los del montón.

Antonio Miralles Manresa.

## Establecimientos

# Luxor

tuvieron el placer, el año pasado, de ofrecer a  
San Feliu las primeras exhibiciones de

## TELEVISION

Ahora, a pesar de las dificultades técnicas que  
ocasiona la posición geográfica de nuestra ciudad,  
ofrece cada día, en su Establecimiento de la calle  
VERDAGUER n.º 13, la televisión de la emisora de  
Barcelona con buena visión y audio.

Ello es posible por ser,  
naturalmente, con aparato

# PHILIPS

« AHÍ ESTÁ LA DIFERENCIA »

Gustosamente se informará de cuantos detalles,  
condiciones, etc. interesen por el

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

## Juan Puig

RUTLLA, 1 y 3